
2

El rostro de Cristo en el hombre

“Hagamos al hombre a nuestra imagen” (Gén 1,26)

Objetivo

Comprender que el hombre, todo hombre, crecerá auténticamente como persona en la medida en que se identifique con Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Introducción

En ocasiones quienes dicen no tener fe, afirman al mismo tiempo que la figura de Jesús les atrae e incluso les merece todo el respeto. Hay quien asegura que cree en Jesucristo pero no en la Iglesia o en sus miembros. Lo que parece indiscutible es que la persona de Jesús de Nazaret es profundamente atractiva y atrayente. Por eso a los cristianos no nos extrañan esas afirmaciones. Son lógicas y sinceras aunque sean parciales. La vida de Cristo, observada con ojos meramente humanos, es una vida plena, arriesgada, capaz de llenar las ansias de quienes quieren vivir su paso por este mundo con entrega y alegría. Incluso para quienes practican religiones no cristianas, Jesucristo sigue siendo un personaje que llama la atención. Hoy, como en tiempos de nuestro Señor, Él sigue siendo signo de contradic-

ción. Esta constatación no hace más que corroborar una enseñanza clave de la Iglesia: el hombre, todo hombre, está llamado a vivir conforme a su dignidad y esta queda expresada de modo perfecto en el Hombre-Dios. Que Dios haya querido encarnarse en el seno de la Virgen María y asumir la naturaleza humana enseña al hombre lo que Dios espera de su criatura, y por lo tanto su verdadera vocación en cuanto hombre. El Concilio Vaticano II tiene una página maestra que todos deberíamos grabar en nuestro corazón. Se trata del número 22 de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual. En este número se recogen frases como las siguientes: “En realidad, el misterio del hombre no se aclara de verdad, sino en el misterio del Verbo encarnado. (...) Cristo, el nuevo Adán, en la revelación misma del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”.

La razón última para tales afirmaciones es la absoluta certeza de que Cristo es verdadero hombre. En el Concilio de Calcedonia (año 451) se dice de Cristo que es verdadero Dios y verdadero hombre. Y el símbolo *quicumque* afirma que “Cristo es perfecto Dios y perfecto hombre”.

Los cristianos, que reconocemos la divinidad del Señor, y por ello mismo le rendimos el culto que merece como Dios, sostenemos que, a la vez, es hombre como nosotros, “en todo semejante a nosotros menos en el pecado” (GS 22). Y, porque es hombre como nosotros, podemos tenerlo como modelo para nuestras vidas. Él es el único modelo que todo bautizado desea en su camino de santidad. Y aunque conscientes de que también es verdadero y perfecto Dios, nos preguntamos

en muchas ocasiones cómo actuaría Jesús en circunstancias concretas de nuestra vida, convencidos de que nuestra mejor actuación será siempre la que más se acerque a la de Cristo.

En nuestro comportamiento concreto y diario debemos ir aprendiendo de la Persona de Jesús. Jesucristo es, no sólo admirable y adorable en cuanto que es Dios, sino también imitable en cuanto que es hombre. Sus actitudes, valores, y formas de comportamiento pueden ser imitados por nosotros. Así nos exhorta el Apóstol de los Gentiles: “tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Fil 2,5). No es un acto de soberbia que aspiremos a ser como el Señor. El seguimiento que Dios nos pide es el de la imitación de su Hijo: “Aprended de mí” (Mt 11,29). En esta tarea no estamos solos, Jesús mismo nos ayuda a imitarle: es un don de Dios y una tarea nuestra.

La Encarnación del Verbo nos ayuda también a descubrirle en los hermanos. “Él, el Hijo de Dios, por su encarnación se unió en cierto modo con todos los hombres” (GS 22). Todos los hombres son imagen de Dios. Es doctrina desde la primera página de la Escritura, Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y en todo hombre se descubre el rostro amable de su Creador, que no es otro que el de Cristo. Por ello en todos los hombres reconocemos una dignidad que supera en grado sumo la que aporta la naturaleza humana, porque Cristo nos ha hecho reflejo de su gloria, manifestación de su amor. Por ello, S. Juan Pablo II afirmó desde el comienzo de su pontificado que el hombre es el camino de la Iglesia. En cada uno de los seres humanos podemos encontrar a Cristo. Él mismo quiere identificarse con todos nosotros: “conmigo lo

hicisteis” (Mt 25, 40).

Considerar que nosotros mostramos el rostro de Cristo, nos ayuda a descubrir la importancia del apostolado. Todo hombre está llamado a conocer a Jesucristo, para que pueda vivir en plenitud su vida humana. El hecho de que nosotros hayamos tenido la suerte de conocer a Jesús desde hace mucho tiempo, quizás desde nuestro nacimiento, no puede hacernos indiferentes ante la necesidad de Dios que tienen todos los hombres, aunque ellos mismos no sean conscientes de ello. Si les transmitimos el conocimiento de Dios les ayudaremos a descubrir un panorama mucho más hermoso y grande del que ya tienen. Por otra parte, si Cristo es, también desde el punto de vista meramente humano, la imagen del hombre perfecto, podemos decir que al presentar la figura del Señor a los hombres, no les damos nada extraño a ellos mismos, sino todo lo contrario: les damos lo que necesitan para su perfección personal.

Partiendo de la vida (ver)

1. Puedo compartir con el equipo aquella ocasión en la que mi trato o mi consideración de algunas personas como por ejemplo, mendigos, adversarios políticos, fieles de otra religión, etc., no respondía a la exigencia que conlleva su dignidad como criaturas de Dios, hechos a su imagen, reflejo del rostro de Cristo.

2. Buscar un hecho de vida que muestre cómo conseguí superar alguna dificultad al pensar lo que

habría hecho Jesucristo en mi lugar

3. Otro hecho que puedo proponer es la ayuda que me supuso, en el trato con alguna persona, pensar que era también imagen de Dios y que con ella también se identificaba Cristo. Por el contrario, alguna ocasión en que no he tratado a alguna persona, aunque sea de pensamiento, conforme a su dignidad, por no haber intentado descubrir en ella a Cristo, el Señor.

4. Poner en común aquella vez en la que la forma que tenía Jesús de tratar a las personas me inspiró para hacer yo lo mismo con los que me rodean, es decir, mirarles con benevolencia y compasión, respetar sus circunstancias, valorar sus dificultades, etc.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- Todos los textos del Evangelio nos ayudan a conocer y amar a Jesucristo y aprender de Él las actitudes que debemos vivir. Los que ponemos a continuación son una simple ayuda o propuesta.

- El Señor es el descanso del hombre (Mt 11,28-30); solo Él es respuesta a nuestras preguntas (Jn 6,68-69); los frutos en nuestra vida dependen de nuestra unión con Cristo (Jn 15,1-11).

- Debemos imitar a nuestro Padre Celestial (Mt 5,44-48); los hermanos del Señor son los que cumplen lo que Él les enseña (Mt 12,46-50); la Virgen nos anima a hacer lo que Él diga (Jn 2,1-12); de Él

debemos aprender (Mt 11,29); Jesús se presenta como el manantial que quita la sed del hombre (Jn 7,37-39).

- Jesús se identifica con aquellos a los que ama: con Simón, al que llama Pedro (Mt 16,19); con los discípulos (Lc 10,16); con los que están en necesidad (Mt 25,31-46).

B) Magisterio de la Iglesia

- Solo Dios responde a las ansias del corazón del hombre (GS 41); apasionado amor de Dios por el hombre (DCE 10; 12); la fe lleva la Verdad al corazón del hombre (LF 32-34). Sobre la dignidad de la persona humana, por ser imagen de Dios (CEC 1700-1709; LS 65). El hombre llamado a respetar la creación (LS 67-68).

- Jesucristo, camino hacia el hombre (RH 13), ilumina el misterio del ser humano (GS 22). En Cristo, Dios revela al hombre la Verdad (FR 34-35). El ser humano está hecho para el don (CV 34). La pareja humana, imagen para descubrir el misterio de Dios (AL 11).

- El hombre es camino de la Iglesia (RH 14); la Iglesia al servicio del hombre (GS 3). El mensaje del Evangelio llega a lo profundo del corazón del hombre (EG 265). La misericordia une a Dios y al hombre (MV 2); todo hombre, hasta los malvados, son destinatarios de la misericordia de Dios (MV 19).

- Dios es el garante del verdadero desarrollo humano (CV 29); el trabajo como parte fundamental de la dignidad humana (AL 23-25). Sobre la correcta interpretación de los derechos del hombre (CV 43).

Compromiso apostólico (actuar)

Un buen compromiso para este tema podría ser dedicar un tiempo a meditar sobre la persona de Cristo como el hombre perfecto: su relación con el Padre, su entrega a los hermanos, su comprensión intachable de cada circunstancia personal, su respeto escrupuloso por las personas, desligándolas de la dimensión moral de sus acciones, etc., y cómo aplicar eso a nuestras vidas.

Muchas personas, a lo largo del día nos hacen algún servicio como parte de su trabajo, como por ejemplo, vendedores, conductores de autobús, porteros, recepcionistas de médicos, etc. Proponemos como compromiso para este tema, reparar en ellos, saludarles y sonreírles, valorar su esfuerzo, agradecerse.

Otro compromiso que podemos asumir es cambiar la forma que tenemos de atender a los que están a nuestro cargo e intentar servirles no como una penosa obligación sino con la alegría de hacer de ello una ocasión de encontrarnos con Cristo necesitado.

Como compromiso de grupo, podemos promover un encuentro en nuestra parroquia que reúna a los distintos grupos que trabajamos en ella. Este encuentro puede comenzar con la lectura y meditación de alguno de los textos que hemos utilizado en el juzgar de este tema, para pasar a continuación a una puesta en común de lo que nos han sugerido a cada uno de nosotros. Por último, podemos terminar con un pequeño ágape fraterno.